

HANS MAGNUS
ENZENSBERGER

Traducción de
Carlos M. Pina

**Artistas de la
supervivencia**

VIÑETAS LITERARIAS
DEL SIGLO XX

INTENCIÓN, RECLAMACIONES Y DESCARGA DE RESPONSABILIDADES

El siglo xx fue una época de florecimiento de escritores que sobrevivieron al terror de Estado y a las purgas, con todas las ambivalencias morales y políticas que ello conlleva. ¿Fueron tan fuertes como para no capitular ante el poder? ¿Sobrevivieron gracias a su clarividencia o inteligencia, o más bien a sus relaciones o a su habilidad? ¿Escaparon de la prisión, del campo de concentración y de la muerte por una suerte rayana en el milagro o ello se debió a estrategias que fueron desde el congraciamiento al mimetismo?

¡Quién podría distinguirlo con claridad! La posterioridad ha calificado a algunos sencillamente como «cobardes», «parásitos», «escaqueados» u «oportunistas», si bien otros han sido admirados por su inquebrantable firmeza.

Pero hay otra táctica que debe mencionarse. Mientras unos estuvieron protegidos por su fama internacional, otros eligieron retirarse en la discreción y el aislamiento. Muchos lograron emigrar, aunque para algunos el exilio fue una condena. Joseph Roth dijo pocos días antes de morir que se había acercado a la idea del suicidio, pero que habría sido pecado; por eso prefirió beber hasta morir. Egon Friedell fue uno de los primeros en quitarse la vida. En los años siguientes

le siguieron Kurt Tucholsky, Ernst Toller, Walter Hasenclever, Ernst Weis, Walter Benjamin, Stefan Zweig y muchos otros de cuyo nombre nadie se acuerda ya. Algunos sufrieron décadas más tarde las consecuencias de los traumas que los habían marcado. Entre los nombres de los que no quisieron seguir viviendo se encuentran los de Klaus Mann, Jean Améry, Arthur Koestler, Primo Levi, Sándor Márai, el persa Sadeq Hedayat y Paul Celan.

Mucho más larga es la lista de aquellos que sobrevivieron y sus actitudes no tienen un denominador común. ¿Qué tiene que ver el bravo soldado Švejk con un chaquetero sin escrúpulos? ¿Cómo se distingue el simple desertor del intelectual refugiado en una oficina? ¿Y qué caracteriza a un escritor en comparación con cualquier otro superviviente? ¿Podría ser que una profunda fe en su «vocación» y su talento hayan contribuido a que no pereciera? «Pero no es solo —constata Gombrowicz— que los escritores no quieren dejar de ser escritores a ningún precio; están más dispuestos a un sacrificio heroico para seguir escribiendo». ¿O tendrían otros motivos más cotidianos y banales? Los casos inequívocos son los que menos dan que pensar. Probablemente, la mayoría de los autores no dispararon nunca un solo tiro ni ninguno cayó en el frente o fue asesinado en un campo de exterminio.

Los más jóvenes dirán que de eso hace mucho tiempo. ¿Es verdad? ¿Son la adaptación, la suerte, el compromiso y las decisiones ambiguas cosas de antaño? ¿No puede uno aprender nada de ello? «Vienen días duros», anunció Ingeborg Bachmann en 1958 en su poema *El tiempo aplazado*. En el caso de que tuviera razón, el entrenamiento en el arte de la supervivencia podría ser útil.

Pregunta: ¿Por qué no compositores, actores o artistas plásticos? ¿Por qué solo escritores?

Respuesta: Porque este es un mundo que me resulta más conocido.

Pregunta: ¿Por qué hay entre ellos tantos judíos?

Respuesta: Porque sus vidas corrieron más peligro que las de otros y porque pertenecieron a un pueblo que tiene que agradecer al libro su supervivencia durante la dispersión. La autolesión que se ha infligido la intelectualidad alemana con su hostilidad hacia los judíos tuvo consecuencias que llegan hasta hoy. Eso también explica el gran número de judíos de los que se hablará aquí.

Pregunta: ¿Y por qué no se dice una palabra sobre figuras como Hans Schwerte, Hans Robert Jauss o Paul de Man?

Respuesta: Esas personas consiguieron sobrevivir, pero estaban lejos de ser artistas. Por eso no aparecen aquí.

Pregunta: La mitad de la humanidad está sobrerrepresentada. ¿Dónde están las mujeres? En el elenco son solo una minoría.

Respuesta: Esta desproporción no la puedo compensar yo. Por favor, diríjense al Patriarcado.

Pregunta: ¿Y por qué no están representados de manera proporcional todos los continentes, todas las religiones y todos los colores de piel?

Respuesta: Porque no he querido dedicarme a esa tarea de contaje. La literatura no es una olimpiada y no hay un medallero.

Por lo demás, mi proyecto requiere la forma de la primera persona del singular. Solamente el «yo» acepta a regañadientes que le manden callar. El que no es historiador ni puede ni debe proporcionar un compendio ni proporcionar pruebas irrefutables; puede solo permitirse un tono narrativo y la elección subjetiva de ejemplos. En cualquier caso, no le corresponde emitir juicios morales a quien ha nacido

después y no ha tenido que enfrentarse a las situaciones y a las pruebas a las que se han encontrado expuestas estas personas. Uno puede intentar ser justo, pero no puede aspirar a la neutralidad y, cuanto mayor es el mal histórico, más tentador parece el mal menor; cuanto más peligrosas son las circunstancias, más atenuantes encontrará quien actúa de defensor. Las preferencias, el disgusto, la simpatía o la antipatía son sentimientos que inevitablemente se incorporan a la narración.

La celebridad y el éxito son solo relevantes como indicadores. La posteridad va por su cuenta y a ella no le importan los honores. No solo los autores, sino sus obras pueden resultar muy apreciadas, olvidadas para siempre y, quizá, hasta en algún momento redescubiertas. Aunque se les conceda el Premio Nobel, ello no es una garantía, sino una mera anécdota.

La palabra viñeta proviene del francés *vignette* y es el diminutivo de viña.¹ Inicialmente designaba la variedad de la uva, pero más tarde la palabra se usó también para las etiquetas de las botellas de vino. Con el tiempo pasó a emplearse para los adornos de los bordes de las hojas impresas de los libros. Este término también puede referirse a un tipo de retrato pequeño, especialmente apreciado en el siglo XIX, cuando se puso de moda pintar a las personas queridas en miniaturas ovales que a menudo se llevaban colgadas del cuello, como un recuerdo o un talismán. En esas *vignettes*, las imágenes se

1 La palabra española «viñeta» se refiere sobre todo a las ilustraciones acompañadas de texto de los cómics y novelas gráficas, y no se corresponde exactamente al significado de «estampa» al que hace aquí referencia Enzensberger. Sin embargo, se ha preferido mantener la palabra «viñeta» para conservar la digresión que hace el autor sobre su etimología y uso. (*Todas las notas a pie de página son del traductor*).

difuminaban hacia los bordes, desvaneciéndose gradualmente en el fondo.

También existen *vignettes* hechas con fotografías en las que se ponía algún filtro delante del objetivo de la cámara para reducir el tamaño de la imagen o hacer que ciertas partes aparecieran borrosas o se eliminaran por completo. Otras manipulaciones se conseguían mediante diferentes exposiciones del negativo en el laboratorio fotográfico.

Con frecuencia, las *vignettes* se imprimían como retratos y postales y se podían hacer montajes de fotografías de grupo. Imágenes parecidas a las *vignettes* se pueden encontrar en los columbarios, especialmente en Italia, donde el culto pagano a los muertos todavía pervive en los cementerios.